

Diálogo con metamensaje

Ambos se encontraban boca arriba, con los brazos alineados al cuerpo, sobre una cama tan desecha que la mayor superficie de las sábanas habían ido a parar al suelo. Él estaba totalmente desnudo. Ella también, excepto por las bragas que se había puesto del revés, con las costuras y las etiquetas para afuera colgando como un rabito aplanado. Sendas toallas mojadas les cubrían los ojos y la frente.

Ella movió los brazos con mucha lentitud e hizo un ademán de quitarse la toalla, pero a medio camino se arrepintió y volvió a dejar la toalla donde estaba. Posó sus manos sobre el vientre. Su boca se torció con la mueca de alguien que está a punto de vomitar o arrancar a llorar. De nuevo, con mucha lentitud, trató de desembarazarse de la toalla que le cubría la cara, al menos del fragmento suficiente como para observar por el rabillo del ojo al que dormía a su lado.

Él no se había movido ni un milímetro. Solo su pecho subía y bajaba a un ritmo algo angustioso, casi asmático, con esa respiración propia de los que sueñan con miedos infantiles.

Con muchísimo trabajo ella logró incorporarse lo suficiente para echar una mirada exploratoria más amplia su alrededor. La ropa de ambos formaba un revoltijo tenebroso esparcido junto con las sábanas por la diminuta porción de suelo. Más que en una habitación era como hubieran dormido dentro de un armario grande.

Se sentó sobre la cama tan lentamente como fue capaz. Fue un mínimo movimiento de presión sobre el colchón, pero bastó para despertar al hombre de un sobresalto. Él se quitó de un manotazo la toalla de los ojos y la observó con la mirada de alguien que regresa de un trance muy profundo y lucha por saber quién es, donde está, y en qué plano de la realidad se encuentra. Y después del susto, el dolor.

- ¿Qué hora es?- dijo ella, con una voz quebrada y débil, mientras palmeaba la pared de la habitación en busca de un interruptor de la luz que no logró encontrar. En su muñeca aún brillaban unas pulseritas de papel fosforescente rosa y amarillo flúor que les habían puesto la noche anterior. Intentó arrancárselas pero ni siquiera tuvo fuerzas para eso. Dejó escapar un pequeño gemido de agotamiento.

- El motor ya está en marcha- dijo él con alarma a la vez que arrojaba con fuerza la toalla empapada que le tapaba contra una de las paredes. Ahora la miró con fijeza sin apenas mover la cabeza. El blanco de sus ojos se perfiló en la penumbra del camarote armario. Su energía denotaba una mezcla de cólera y desolación. Su mano la agarró por la muñeca de las pulseritas.

- ¿Sabes donde está mi bolsa? Creo que la he perdido- dijo ella-. Se intentó soltar de la presa con delicadeza pero al final necesitó un tirón para liberarse. Las pulseritas se rompieron y quedaron brillando en el hueco de la cama que dejó su cuerpo al levantarse. Ahora rebuscaba entre las sábanas prendas de ropa que iba recolectando. Aquel camarote de tercera ni siquiera tenía baño propio. Se puso los pantalones, la blusa y la chaqueta de polipiel y uno solo de los calcetines. El otro no aparecía por ningún lado. Menos mal que sí dio con los dos zapatos.

- Eres una desgraciada- dijo él. La oscuridad apenas permitía distinguir sus facciones pero ella podía sentir una tensión en él, una tensión de algo que ya se ha roto antes muchas veces y amenaza con volver a romperse, pero esta vez de forma definitiva.